

George Steiner

**Un prefacio
a la Biblia hebrea**

**Traducción de
María Condor**

Siruela

Biblioteca de Ensayo 22 (serie menor)

Nota sobre la traducción

Este texto fue publicado como prefacio al Antiguo Testamento: *The Old Testament: King James Version*, Everyman's Library, 1996, y recogido después en el libro de George Steiner *No passion spent. Essays 1978-1996*, Faber and Faber, Londres 1996.

Lo que tienen ustedes en la mano no es *un* libro. Es *el* libro. Esto es, desde luego, lo que significa «Biblia». Es el libro que define, y no sólo en el ámbito occidental, la noción misma de texto. Todos nuestros demás libros, por diferentes que sean en materia o método, guardan relación, aunque sea indirectamente, con este libro de libros. Guardan relación con los hechos de un discurso articulado, de un texto dirigido al lector, con la confianza en unos medios léxicos, gramaticales y semánticos, que la Biblia origina y despliega en un nivel y con una prodigalidad no superados desde entonces. Todos los demás libros, ya sean historias, narraciones imaginarias, códigos legales, tratados morales, poemas líricos, diálogos dramáticos, meditaciones teológico-filosóficas, son como chispas, muchas

veces desde luego lejanas, que un sople incesante levanta de un fuego central. En Occidente, pero también en otras partes del planeta donde el «Buen Libro» ha sido introducido, la Biblia determina, en buena medida, nuestra identidad histórica y social. Proporciona a la conciencia los instrumentos, a menudo implícitos, para la remembranza y la cita. Hasta la época moderna, estos instrumentos estaban tan profundamente grabados en nuestra mentalidad, incluso –tal vez especialmente– entre gentes no alfabetizadas o prealfabetizadas, que la referencia bíblica hacía las veces de autorreferencia, de pasaporte en el viaje hacia el ser interior de la persona. Las Escrituras eran (para muchos lo son todavía) una presencia en acción, tanto universal como singular, compartida por todos y de la mayor intimidad. No hay otro libro como éste; todos los demás están habitados por el murmullo de ese manantial lejano (hoy en día, los astrofísicos hablan del «ruido de fondo» de la creación).

Según los cálculos más recientes, el Antiguo y el Nuevo Testamento han sido traducidos, completos o en sustanciales selecciones, a dos mil diez lenguas

distintas. El proceso de traducción y retraducción ha sido continuo durante más de dos milenios. Los textos bíblicos han sido transmitidos por todos los medios y notaciones concebibles: de los rollos de papiro a los discos compactos, de los infolios monumentales a la miniaturización de salmos u oraciones en cabezas de alfiler. La crónica de la imprenta, del diseño de caracteres, gira en torno a las ediciones de la Biblia, de Gutenberg en adelante. Pero la Sagrada Escritura está también disponible en braille y en el lenguaje de signos para sordos. No hay biblioteca, por extensa que sea, que comprenda la totalidad de las Biblias y Evangelios hablados, escritos, impresos. Parece evidente que la Santa Biblia –pero ¿qué significa ese epíteto?– es el acto lingüístico más publicado y difundido sobre la faz de la tierra.

El corpus bíblico, cuya densidad y fuerza de gravedad son, en nuestra civilización, casi incommensurables, se halla en el centro de una galaxia de comentarios e interpretaciones en la cual cada momento de traducción es en sí mismo un movimiento interpretativo. Este material secundario tiene un gran peso, literalmente, sobre cada palabra, frase,

versículo, capítulo y libro de ambos Testamentos. En ciertas tradiciones del judaísmo, tiene peso sobre cada letra concreta. Hay hombres y, más recientemente, mujeres que han dedicado toda una vida de estudio a un único extracto bíblico: a los primeros capítulos del Génesis, a las prescripciones rituales del Levítico, a los denominados Salmos davídicos, a la inabarcable vastedad de Isaías o Job, a Romanos, 9-13, o a los enigmas del Apocalipsis. Durante siglos ha habido encarnizadas discusiones, cuyas consecuencias han incidido en la historia social y política de Occidente, como en el caso de la Reforma, sobre la verdadera interpretación de esta o aquella máxima paulina, de tal o cual giro idiomático en Isaías, 49-53. Se han llevado a cabo matanzas y se han asolado ciudades a partir de disputas acerca de la enunciación del sacramento del bautismo o de admoniciones sobre la posesión de propiedades privadas por parte de la iglesia en los Evangelios o en los Hechos de los Apóstoles. La posible elisión o mutación de un solo marcador vocálico en el texto hebreo puede, en Números, 14-15 o en Job, alterar el edificio de la teología.

Ningún exégeta ni estudioso, ningún grupo de filólogos o teólogos filósofos puede preciarse de dominar la literatura secundaria relevante. Una estimación reciente establece en más de trescientos el número de revistas, boletines o actas de estudios bíblicos publicados de manera regular en unas cuarenta lenguas. «La confección de libros no tiene fin.» Infinidad de volúmenes de comentarios, glosarios y marginalia sobre la Torá (los cinco Libros de Moisés) componen la herencia orgánica del judaísmo. Los comentarios a los comentarios de comentarios se entretajan en una madeja viva e ininterrumpida que se remonta, muy posiblemente, al siglo II o III a. de C. El cristianismo es heredero directo de este diálogo múltiple con el texto bíblico. Una gran parte de los escritos de Pablo son, por decirlo así, una glosa hermenéutica, interpretativa, sobre lo que se ha transmitido de los dichos y gestos de Jesús. En los siglos XI y XII de nuestra era, las técnicas de elucidación, de atenta lectura entre líneas y al margen ya se habían hecho voluminosas. Al igual que ninguna gran biblioteca posee *todas* las ediciones de la Biblia, ninguna puede jactarse

de disponer de una lista completa de libros sobre la Biblia ni de libros sobre libros sobre la Biblia desde los comienzos del Talmud hasta la actualidad. Es inevitable que el estudioso tenga hoy que consultar no sólo bibliografías sino también bibliografías de bibliografías (la Biblia resuena en esta misma palabra).

Casi todas las disciplinas de la investigación y el saber humanísticos desempeñan un papel. La filología y la lingüística comparada, el estudio de la gramática y de la retórica, se desarrollaron en torno a un centro bíblico. Los conceptos occidentales de historia e historiografía se originan en la organización del tiempo y de los hechos en el relato de las Escrituras, y se vuelven contra ellas. La teoría política de la Edad Media, el Renacimiento y el siglo XVII buscan su fundamento en los principios teóricos de los sucesivos modos de gobierno expuestos en el Antiguo Testamento, o bien tratan de emanciparse de ellos. Durante siglos, la jurisprudencia luchó con el problema de la posible concordancia entre los criterios mosaicos y paulinos de la ley y aquellos otros contenidos en los modelos romanos o en el «iusnaturalismo». En la actualidad se multiplican

las investigaciones económicas y sociológicas del trasfondo bíblico, especialmente en referencia a su manera de presentar (o de borrar) a las mujeres; al igual que los libros y monografías que ofrecen una aproximación psicoanalítica a personajes y episodios de la Biblia. La etnografía y la antropología bíblicas son ya ámbitos complejos por derecho propio. Las líneas de incidencia, además, no son solamente humanísticas. Hay enjundiosos libros y revistas que se ocupan de la flora y la fauna en la Biblia y en torno a ella, junto con las perennes y espectaculares funciones de la agricultura y la meteorología en el relato y la imaginería bíblicos (considérense la zoología en Job o el desconcertante perícope de la higuera en el ministerio de Jesús).

Desde el siglo XIX, pero a un ritmo en creciente aceleración, la arqueología bíblica ha venido a ejercer su influencia en casi todas las facetas del entendimiento, la interpretación y la traducción. El Antiguo Testamento es tan remoto como las estrellas; es asimismo tan prosaico, tan local como un informe cartográfico. Llénenlo en la mano y les guiará, codo a codo, podríamos decir, al campo

de Guilboa, al pozo de Siloe, al altozano, bajo un sol inalterable, de Ascalón. Metan una pala en la tierra agostada, ya sea en la aparente desolación del Néguev o en las concurridas colinas de Galilea, y el pasado bíblico surgirá ingente ante ustedes. La arqueología de Jericó nos transporta seis mil años o más en el pasado; las «ciudades de la llanura» con las que Dios desahogó su desagrado han recibido ahora «una morada local y un nombre»; se están sacando a la luz las rampas de asedio con las que los ejércitos de Senaquerib conquistaron Judea. El espectacular descubrimiento de los pergaminos de Qumrán o la biblioteca de tablillas inscritas de Ebla ha conducido a una reconsideración de las lenguas, la cronología y la imaginería bíblicas.

El peso del conocimiento es inmenso (y sigue aumentando). Los recursos analíticos e interpretativos que tenemos a nuestra disposición –datación mediante el carbono 14, rayos X y fotografía con rayos infrarrojos– son formidables. La ordenación y restauración de diminutos fragmentos textuales, en ocasiones de un solo grupo consonántico o de un versículo roto, rozan el virtuosismo. La compren-

sión filológico-semántica de las lenguas y alfabetos arcaicos de Oriente Próximo está en constante desarrollo. Las teorías modernas de la religión y de su matriz histórico-social, especialmente, permiten una interrelación sin precedentes de elementos psicológicos y materiales, del estudio combinado de las instituciones económicas y sociales, la geografía física y la historia de la medicina, la ciencia política y la poética. Un especialista bíblico o un editor de textos de la época de Erasmo y Lutero, y aún más de la Edad Media, contemplaría nuestras técnicas con envidia y perplejidad.

Sin embargo, hay un hecho evidente: lo que sabemos de la Biblia y de las intenciones de quienes la compusieron es fragmentario. Aquellas cuestiones a las que podemos dar respuesta con relativa certeza resultan casi triviales cuando se comparan con todas las que no podemos resolver. Incógnitas fundamentales caracterizan áreas tan cruciales como la cronología, los significados léxicos, la geografía, las relaciones cardinales entre realidad histórica y mito, documento y fábula, lo literal y lo alegórico. ¿Hubo realmente un éxodo de Egipto? ¿Cuándo

prevaleció el monoteísmo –si es que prevaleció– en Israel? ¿Hay algún testimonio histórico ligado a la persona de Abraham o de Moisés? ¿Cuántos niveles de autoría existen en el Libro de Isaías? ¿Qué significado, qué objetivo, que contexto determinante podemos atribuir a Job o al Eclesiastés, al ataque físico de Yahvé contra Moisés, al escarmiento genocida infligido a Israel cuando su gobernante cometió la transgresión (para nosotros aparentemente venial) de instituir un censo? Y algo muy simple: ¿qué *es* esta colección de voces dispares, de textos completamente distintos en su registro y en su procedencia, de la Ley (*Torá*), los Profetas (*Nebi'im*) y las Escrituras (*Ketubim*)? ¿Qué es ese *Tanaj*, el nombre hebreo compuesto por las letras iniciales de estas secciones? ¿Qué grado de implicación, fe y terror podemos atribuir a los seres humanos que, en todas las épocas y en todos los lugares, han declarado desde entonces haber oído en este libro la voz de Dios, haberla encontrado en él?

En la rudimentaria introducción que sigue apenas hay una afirmación, una atribución de sentido a un texto o a las circunstancias de su entorno que no

requiera un signo de interrogación. Ésta es la más conocida y la menos conocida de todas las producciones humanas. Una luz inmensa, pero vista como «a través de un cristal oscuro».

1

¿Cómo han llegado a nosotros las palabras en esta traducción de la Biblia hebrea al inglés de la edición Everyman?

La sabiduría recibida y el sentido común sostienen que a los vestigios más antiguos de cualquier texto debe preceder un legado de material oral anterior en milenios. Determinados cuentos, mitos, narraciones folclóricas e historias locales conservadas por la memoria común tienen que preceder a cualesquiera versiones escritas, por antiguas que éstas sean. En el caso de la época homérica, tenemos la impresión de estar ante recitaciones ajustadas a fórmulas y efectuadas por unos bardos y rapsodas más o menos profesionales (como ironiza Platón en su *Ión*). Sabemos algo de los gremios de «cantores

homéricos», cuyas recitaciones orales del relato de Troya y del regreso de los héroes griegos a la patria fueron reunidas en un conjunto más o menos unificado, que fue revisado y adquirió forma escrita a finales del siglo VII o en el transcurso del siglo VI a. de C. Nuestro sentido de lo «prebíblico» es mucho más vago.

El mundo mediterráneo antiguo era, con toda certeza, un mundo de cantos folclóricos y bardos de corte, de testimonios de la historia dinástica, especialmente en Sumeria y Egipto. La narración de relatos, ambiguos y en consecuencia complejos, parece característica de ese grupo de gentes que llamamos «judíos». Una sugestiva tradición hasídica mantiene que Dios hizo al hombre de tal modo que pudiese contar historias, en especial sobre el propio Dios. La figura del trovador –David cantando al amargado Saúl– es bien conocida para el Nuevo Testamento. Pero todo esto son generalidades imprecisas. Varios miles de años de decisiva oralidad nos hablan, pero fuera del alcance de nuestros oídos. Los decididos esfuerzos de eruditos y comentaristas textuales por rastrear elementos del lenguaje

o relatos concretos hasta el tercer milenio enardecen la imaginación. Los arqueólogos conjeturan que algunos episodios del Génesis podrían reflejar rasgos de la temprana Edad de Bronce, hacia 2250-2000 a. de C. Como he mencionado, las cinco ciudades de Génesis, 14, han sido identificadas con cinco yacimientos a orillas del mar Muerto. Pero todas estas propuestas siguen siendo hipotéticas. En el estado actual del conocimiento, el fragmento más antiguo que se ha conservado para nosotros en la Biblia sería el llamado Cántico de Débora, en Jueces, 5, 4-5:

Lord, when thou wentest out of Seir, when thou marchedst out of the field of Edom, the earth trembled, and the heavens dropped, the clouds also dropped water.

The mountains melted from before the Lord, even that Sinai from before the Lord God of Israel.

[Cuando saliste de Seir, oh, Yahvé, cuando te marchaste del campo de Edom, la tierra tembló, y los cielos destilaron, las nubes gotearon agua.

Las montañas se fundieron (donde el texto hebreo

dice *fluyeron*) delante de Yahvé, incluso el Sinaí, delante de Yahvé Dios de Israel].

Es posible que este júbilo, así como el vocabulario y la sintaxis en que se expresa, sí se remonten al siglo XI e incluso al XII a. de C.

Vuelven a aparecer cimientos en las repelentes (para nosotros) genealogías que salpican los relatos bíblicos: los linajes de Abraham, de Noé, los descendientes de Sem. Hay probablemente un material muy antiguo que se relaciona con la atribución de nombres, con relatos que explican el nombre que se da a seres humanos y a lugares; el ejemplo más representativo y sobrecogedor es el episodio en el que se asigna un nuevo nombre a Jacob en Peniel, en Génesis, 32. La genealogía y la atribución del nombre forman parte de la esencia. Tejen la caleidoscópica variedad de las fuentes del Antiguo Testamento dando lugar a una significativa continuidad. Una manera de definir la Torá y los libros históricos de la Biblia hebrea sería considerarlos como un vehemente esfuerzo de autoidentificación, como el acto de discurso y deseada conmemora-

ción por medio del cual Israel reclama una legitimidad predestinada desde la noche de los tiempos, a través del cual lucha por anclar su pasado nómada, anónimo, en los topónimos de la tierra prometida. Los nombres pueden describir: Débora es la abeja o la avispa; Hulda, la comadreja. Pueden conferir realeza, como cuando Matanías recibe el nuevo nombre de Zedequías (2 Reyes, 24, 17). Cuando se les añade la sílaba *El*, [Dios en hebreo], ponen de manifiesto la «relación de parentesco» con el Todopoderoso que es el sello de Israel. En un nivel aún más profundo, las genealogías y atribuciones de nombre son el eco de la hazaña adánica primigenia de poner nombres a todo lo contenido en el Edén. Realizan un impulso instintivo pero también ontológico de familiarizar el lenguaje con la turbulencia y el misterio de un mundo que el hombre no ha creado y que nunca dominará del todo.

Pero sean cuales fueren los rastros de pasajes y movimientos de designación verdaderamente arcaicos en nuestros textos, estos mismos textos no hacen su entrada en la historia verificable hasta finales del siglo VI o el VII a. de C. Es sólo en esa

fecha cuando se puede aducir de manera realista la idea de unos rollos escritos en hebreo. Han llegado hasta nosotros fragmentos de papiros o pergamino de los siglos II o III a. de C. Los rollos del mar Muerto incluyen quizá piezas más antiguas. Pero en general los expertos están de acuerdo en que la composición real del Antiguo Testamento, tal como lo conocemos, no es anterior al año 859 a. de C. y en que las inclusiones tardías, como partes de Zacarías o el Libro de Daniel, sólo podrían haberse escrito hacia 168-150 a. de C. Fue durante los nueve primeros siglos de nuestra era, y bajo una presión más o menos tangible de las prácticas cristianas, cuando los escribas y los estudiosos judíos revisaron y transcribieron el texto consonántico de la Biblia hebrea (los textos antiguos, en conformidad con la lengua hebrea, carecían de marcadores vocálicos). La masora o «tradición» de signos vocálicos, acentuación y notas marginales, tal como la conocen los judíos de hoy, es el producto de esta recensión medieval colectiva. Sólo entonces se estableció el texto masorético (del cual se han conservado treinta y un manuscritos desde finales del siglo IX hasta alrede-

dor del año 1100). La actual *Biblia Hebraica* estándar se basa en buena medida en el llamado Códice de San Petersburgo, que se puede fechar en el año 1009 de nuestra era. La *Biblia Hebraica Stuttgartensis* de 1977 registra las variantes de la versión canónica encontrada en Qumrán.

Con la dispersión de las comunidades judías por todo el mundo helenístico, se hizo imperiosa la traducción al griego. Dice la fábula que, a instancias de Ptolomeo II, setenta y dos ancianos de Israel tradujeron las Escrituras al griego en Alejandría en setenta y dos días. Y parece cierto que el Septuaginta –el nombre refleja la leyenda– fue compuesto en el siglo III a. de C. para las comunidades judías grecohablantes de Egipto. Éste es el Antiguo Testamento en el que se basan casi toda la retraducción y el comentario teológico paleocristianos. Cuando el Nuevo Testamento cita el Antiguo, es casi invariablemente con las palabras del Septuaginta. Manuscritos del Septuaginta tan ilustres como el Vaticano, el Sinaiticus o el Alexandrinus nos permiten tener en nuestras manos, por decirlo así, el puente entre el judaísmo y el cristianismo.